CERVANTES POETA
Y SU RECEPCIÓN POR LOS POETAS DE NUESTRO SIGLO

> La Poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar, la volverá oro purísimo de inestimable precio.

Son palabras muy conocidas de Don Quijote a don Diego de Miranda en el capítulo XVI de la segunda parte de la obra maestra de Cervantes. Quien así opinaba, siguiendo las más clásicas corrientes de la preceptiva de su tiempo, no podía, en manera alguna, ser un mal poeta, tal como una buena parte de la crítica contemporánea a Cervantes y posterior ha sostenido durante mucho tiempo.

A pesar de los graves errores de preceptiva que Menéndez Pelayo señalaba a Cervantes en sus *Ideas estéticas*,[1] a la hora

---

[1] Marcelino Menéndez Pelayo (*Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid: CSIC, 1941, vol. II, pp. 264 y ss) señala que Cervantes no tenía doctrinas literarias nuevas ni estaban adquiridas por el esfuerzo propio ni descendían de las propias observaciones sobre sus

de juzgarlo como preceptista, y puestas las cosas en su sitio en la magistral monografía de Riley,[2] a nosotros, lo que nos interesa ahora no es la teoría poética o la poética de Cervantes, sino su poesía y la consideración que esa poesía, tan interesante a nuestro juicio, ha merecido a los poetas de nuestro tiempo, a la más representativa promoción de poetas de nuestro siglo, aquella, justamente, que tanto hizo por la poesía española del Siglo de Oro, y no sólo por Góngora, sino también por Fray Luis, San Juan de la Cruz, Lope de Vega o Quevedo. Y, por supuesto, también por Cervantes, y en concreto, entre otras muchas aproximaciones, por Cervantes poeta.

Cervantes poeta sigue siendo uno de los asuntos más apasionantes de la crítica cervantina, aún hoy sin resolver en una edición de *Poesías completas*. Sigue siendo un tema apasionante para el crítico y apasionante para el lector, que, desde la perspectiva que le concede el tiempo pasado, advierte cómo contemporáneos y no contemporáneos juzgaron a Cervantes poeta sobre la base de muy sólidos prejuicios, a los que el propio Cervantes, con su fina y tan mal entendida ironía, había contribuido. Por eso, esta parcela de la obra cervantina, la menos estudiada de todas las que componen su producción literaria, llama nuestra atención y nos invita a acometer nuevamente

---

libros. Eran las mismas que las que figuraban en cualquier poética de la época (Cascales, Pinciano): «Lo que salva del olvido algunos de estos preceptos de Cervantes es la viveza, la gallardía, la hermosura con que están expresados».

[2] Edward. C. Riley (*Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid: Taurus, 1971, pp. 121-124) asegura que, de acuerdo con los criterios de la poética cervantina, «para perfeccionar su talento natural por medio del arte, el poeta no sólo debía conocer todas las reglas y artificios propios del oficio, sino que también debía poseer una buena información general acerca de todas las materias... La erudición poética era, además, el corolario de algunas otras creencias: de la creencia en la función educadora de la poesía; de la creencia —que Cervantes defendía con pasión— en la nobleza inherente a la poesía, lo que significaba que ésta debía apartarse del lugar común y de lo vulgar, de la multitud, de la creencia, finalmente, en que la poesía era una especie de compendio de todas las ciencias e incluía en sí gran parte de la sustancia de la filosofía y la oratoria».

el estudio de su aceptación, sin la pretensión de descubrir ningún mediterráneo, pero sí con la convicción y con el deseo de dejar constancia de que la obra de Cervantes es una, y la poesía sólo una parte. No podemos entender de otra forma el hecho de que un escritor que alcanza su máxima expresión en la realización de su novela, sin duda porque dominó su oficio de escritor, puede fracasar, como muchas veces se ha querido, en la realización de su poesía.

Cervantes ha tenido, en este sentido, críticos muy duros que le han exigido, por ser el creador de la novela moderna, una perfección estética en su poesía, que a otros escritores no se les ha pedido. Y se le han señalado defectos. Clemencín,[3] por ejemplo, dedicó prácticamente todas sus notas a los poemas cervantinos del *Quijote* a rechazar una por una las creaciones líricas incluidas en la gran novela, sin entender que esas poesías tienen su contexto, irónico muchas veces. Es posible que alguna vez se comprenda la poesía de Cervantes y se acepte sin prejuicios, si conseguimos no desvincularla precisamente de su contexto, si logramos mantenerla como parte de la obra del primer narrador de nuestras letras, que en gran medida la utizó como algo accesorio de su obra principal, pero que en otras muchas ocasiones consiguió, a través de la creación aislada y exenta, de lo que puede representar un ejemplo alguno de sus sonetos, la pequeña obra maestra, relacionada indudablemente con el espíritu de su obra restante y con el estado de ánimo del momento histórico en que nuestro autor vive, siguiendo los pasos de una cronología vital que nos parece indispensable conocer con detalle para entender la evolución y el destino de una de las mejores obras poéticas de su siglo.

En este sentido, se nos presenta la obra poética de Cervantes como la creación literaria más cercana a su vida y la que, a

---

[3] Diego de Clemencín, *Comentarios al Quijote*, Madrid: Aguado, 1833, 6 vols. La actitud de Clemencín ante la poesía de Cervantes, absolutamente negativa, la hemos estudiado en «Clemencín y la poesía de Cervantes». *Montagudo*, 83 (1983). También en *Saavedra Fajardo escritor actual* y *otros estudios*, Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 1988, pp. 93-106.

lo largo de los años, deja sentir los diferentes pasos vitales que constituyeron la desgraciada biografía cervantina. Sin contar, por otro lado, con una vertiente subjetiva e intimista, el conjunto de la creación lírica cervantina refleja con fidelidad los distintos momentos de esa vida, que van desde el patriotismo y el heroísmo renacentista a la visión desengañada de la realidad histórica que en los últimos años le tocó vivir.

También la obra poética del escritor es clarificadora a la hora de entender la variación en su ideología, desde el renacimiento inicial al manierismo o barroco de las obras últimas, que algunos autores como Casalduero [4] han visto en la obra cervantina, desde el entusiasmo al desengaño, tal como definimos hace algunos años la aventura poético-heroica del gran Cervantes.[5] La misma evolución que advertimos desde los sonetos garcilasianos dedicados a la reina Isabel de Valois a los sonetos irónicos y burlescos que escribe el autor en los últimos años.

Por todas estas razones, esta poesía es un objeto de reflexión y de estudio que siempre ha llamado la atención de los más inteligentes lectores, porque nos sirve para conocer mejor la personalidad de Cervantes, y porque se nos ofrece como una parcela en la que la calidad estética, el reflejo de la personalidad y el acotamiento de la significación histórica del autor, pueden recibir una nueva luz que nos acerque más a su apasionante figura.

---

[4] Véanse los distintos trabajos de Joaquín Casalduero sobre la obra cervantina, especialmente los referidos al *Quijote* y al *Persiles: Sentido y forma de las Novelas Ejemplares* (Buenos Aires: Universidad, 1943), *Sentido y forma de los «Trabajos de Persiles y Sigismunda»* (Buenos Aires: Sudamericana, 1947), *Sentido y forma del «Quijote»* (Madrid: Insula, 1949), *Sentido y forma del teatro de Cervantes* (Madrid: Gredos, 1966).

[5] Francisco Javier Díez de Revenga, «Del entusiasmo al desengaño. En torno a la aventura poético-heroica de Cervantes», pp. 105-120; «Petrarquismo en la lírica cervantina», pp. 121-132; y «Teatro cervantino y lírica tradicional», pp. 133-162, en *Rubén Darío en la métrica española y otros ensayos*, Murcia: Universidad de Murcia, 1985.

No vamos a pasar directamente a comentar algunos textos de los poetas del 27 sobre la poesía de Cervantes sin antes plantearnos cuál ha sido la recepción que esa poesía ha recibido a través del tiempo, ya que con ser un asunto que otorgará a nuestra exposición claridad y orden, contextualizaremos toda la problemática antes de concretar en unas opiniones determinadas que, naturalmente, no son reflexiones aisladas. Se nos plantean entonces tres problemas diferentes, cuyo análisis se considera indispensable para un mejor acercamiento al objeto de este estudio. Por un lado, damos cuenta de la bibliografía que sobre este particular asunto ha ido aportando notas y estudios que han clarificado aspectos importantes y controvertidos en torno a la creación poética cervantina. Dependiendo de esta inicial consideración, se plantean otros dos aspectos, bastante divulgados por otra parte, al menos el primero de ellos: si Cervantes fue poeta o no y la consideración de la vocación poética cervantina como argumento poderoso para afirmar su condición de creador de una lírica personal.

La consideración de Cervantes como poeta pertenece a la crítica literaria reciente. Sabido es que, en su tiempo, no fue aceptado como tal por sus contemporáneos, a lo que sin duda contribuyó el mismo Cervantes con los distintos textos, irónicos algunos de ellos, en los que se planteó su condición de poeta. El famoso terceto del *Viaje del Parnaso*, que aún figura en libros, en manuales y antologías, como argumento en contra de la condición de poeta de Cervantes, hace ya muchos años que está desautorizado por los críticos especializados que han allegado textos del mismo *Viaje del Parnaso*, que dicen exactamente lo contrario. José Manuel Blecua,[6] con su habitual buen sentido, recogió en los años del centenario textos que nos parecen muy efectivos en este orden. El aislamiento que desde el principio se hizo del terceto famoso cae por su propio peso,

---

[6] «La poesía lírica de Cervantes», en *Homenaje a Cervantes*, Cuadernos de Insula, Madrid, 1947 (con el seudónimo de Joseph M. Claube), pp. 152 y ss.

si seguimos leyendo más abajo en los versos que siguen, y que revelan con absoluta claridad su carácter irónico:

Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el Cielo,

quisiera despachar a la estafeta
mi alma, o por los aires, y ponella
sobre las cumbres del nombrado Oeta.

Pues, descubriendo desde allí la bella
corriente de Aganipe, en un saltico
pudiera el labio remojar en ella,

y quedar del licor süave y rico
el pancho lleno, y desde allí adelante
poeta ilustre, o, al menos magnifico.

Es decir «magnifico», en palabra llana por desaire a la grandeza. Otros muchos textos del poema a que nos referimos argumentan del mismo modo el carácter agudamente irónico y burlón de sus palabras, y, en algunos casos, desmienten explícitamente lo que en los anteriores se ha dicho. Un ejemplo vendría representado por el famoso «Yo soy aquel que en la invención excede a muchos», aunque se suelen citar otros.[7]

---

[7] José Manuel Blecua (ob. cit., pp. 153 y ss.) recoge los siguientes:

Yo soy aquel que en la invención excede
a muchos, y al que falta en esta parte,
es fama que a su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el arte
dulce de la agradable poesía,
y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la pluma humilde mía
por la región satírica, bajeza
que a infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza
(por honra principal de mis escritos):
«Voto a Dios, que me espanta esta grandeza».

La estima por la poesía de Cervantes fue, a partir de entonces, ciertamente escasa. Los nombres de Lope de Vega, Suárez de Figueroa, Espinel, Melo, Villegas, Gracián, hasta llegar a Quintana,[8] se encadenan en una lista de importantes autores que despreciaron la creación lírica cervantina, aunque algunos de sus argumentos puedan ser desarticulados fácilmente como en el caso de Villegas, que, para Alonso Cortés, constituye una clara venganza por no haberlo incluido entre los poetas citados en el *Viaje del Parnaso*[9]; o el caso de Lope de Vega, que más tarde habría de rectificar con generosidad en el *Laurel de Apolo*.[10]

Es a partir del nacimiento de la investigación literaria española, a mediados del siglo XIX, cuando empiezan a surgir los defensores encendidos de la poesía cervantina. El primero

---

Yo he compuesto romances infinitos,
y el de los celos es aquel que estimo,
entre otros que los tengo por malditos.

Añade luego Blecua otra frase cervantina que todavía suele reproducirse incompleta: «Se podrían recordar otras líneas menos dolientes. En el prólogo a las *Ocho comedias* habla de aquel librero que las quiso comprar, si 'un autor de título no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero de mi verso nada. Y si va a decir verdad, cierto que me dio pesadumbre oírlo, y dije entre mí: O yo me he mudado en otro, o los tiempos han mejorado mucho'».

8 Los recoge Vicente Gaos (edición de Miguel de Cervantes, *Poesías completas*, Madrid: Castalia, 1974-1981, I, p. 17 ss.). Lope asegura que, de los muchos poetas de su tiempo, «ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe Don Quijote». Villegas: «Irás del Helicón a la conquista / mejor que el mal poeta de Cervantes, / donde no le valdrá ser quijotista». Melo (*Hospital das Letras. Apologos dialogaes*): «Poeta infecundisimo cuanto infelizisimo prosista».

9 Narciso Alonso Cortés, edición de Esteban Manuel de Villegas, *Eróticas o amatorias*, Madrid: La Lectura, 1913, p. 133.

10 En el *Laurel de Apolo*, escribe Lope de Vega:

...en versos de diamante
los de plomo volvió con tanta gloria,
que por dulces, sonoros y elegantes
dieron eternidad a su memoria.

de ellos, Adolfo de Castro,[11] ya en 1851, inicia su defensa no sin cierto apasionamiento, que se ve secundado en 1874 por Menéndez Pelayo.[12] Dieciséis años tenía el «estudiante de Letras» cuando escribía su *Cervantes considerado como poeta*, en el que realiza una decidida defensa de tal actividad cervantina, tanto en lo lírico como en lo dramático, a pesar de las propias opiniones y las de sus contemporáneos. Lo destacable en sus páginas es su teoría de que el *Quijote* ha hecho sombra a Cervantes [13] y ha cegado a los críticos. Su defensa, sin embargo, no está basada en la poesía lírica directamente, sino en muy bien escogidos pasajes de sus obras dramáticas, especialmente de *La Numancia*, aunque también recoge alguna canción lírica como la de *El gallardo español* o la de *Pedro de Urdemalas* y hace referencia a los tres sonetos burlescos: «Túmulo», «Valentón» y «Medina Sidonia».

En 1916 sería la importante edición de Ricardo Rojas [14] la que, a lo bastante completo de su contenido (prácticamente recoge todo el «corpus» por primera vez: poesías sueltas, además de versos de las novelas y los dramas, fragmentos líricos, etc.), une la presencia de un extenso prólogo de más de cien páginas que lleva por título «De Cervantes considerado como poeta lírico».

Serían las celebraciones del centenario con las aportacio-

---

[11] Adolfo de Castro, «Cervantes ¿fue poeta o no?», Biblioteca de Autores Españoles, XLII, p. IX-XII.

[12] Marcelino Menéndez Pelayo, «Cervantes considerado como poeta», en *Estudios y discursos de crítica e historia literaria*, Madrid: CSIC, 1941, I, pp. 257-268.

[13] Ibíd., I, p. 259: «Sin embargo, la posteridad, justa e imparcial, debe asignar a Cervantes un puesto entre los buenos poetas líricos y dramáticos de su siglo. Es verdad que sus versos son muy inferiores a su prosa, y ¿cómo no han de serlo, si su prosa es incomparable? Pero de que sea el primero de nuestros prosistas, ¿debe inferirse que sea el último de nuestros poetas? Sobrados testimonios de lo contrario ofrecen sus obras líricas y dramáticas».

[14] Ricardo Rojas, edición de Miguel de Cervantes, *Poesías*, Buenos Aires: Coni Hermanos, 1916, pp. V-CII.

nes, en 1947, de los artículos de Blecua (muy positivo),[15] Gerardo Diego (exigente pero comprensivo),[16] Gemlin [17] y otros, hasta llegar a aportaciones más recientes de Cernuda,[18] Vicente Gaos [19] y Adriana Lewis,[20] estos dos últimos editores de la obra poética cervantina. De todos los libros que venimos reseñando, hemos de destacar la fidelidad representada por Vicente Gaos, a quien se debe la magnífica edición de Castalia, de la que han visto la luz dos tomos, y posiblemente no llegue a su culminación, ya que se quedó sin publicar a la muerte del editor, aunque anunciando el tomo que contendría la lírica del

---

15 José Manuel Blecua (ob. cit.) hace una completa revisión de toda la poesía cervantina, prestando atención sobre todo a los poemas de las novelas. Contiene interesantes observaciones sobre la teoría poética cervantina.

16 Gerardo Diego, «Cervantes y la poesía», *Revista de Filología española,* XXXII (1948). También en *Crítica y poesía,* Madrid: Júcar, 1984. Citamos por esta edición.

17 H. Gemlin, «Cervantes und die Dichtung», en *Romanica: Festschrift Prof. Fritz Neubert,* Berlín, 1948, pp. 117-135.

18 A pesar de su carácter muy personal, es interesante el estudio de Luis Cernuda, «Cervantes poeta (1962)», en *Poesía y Literatura. Prosa Completa,* edición de Derek Harris y Luis Marsitany, Barcelona: Barral, 1975. Citamos por esta edición. Elias L. Rivers («Viaje del Parnaso y poesías sueltas», en *Suma cervantina,* edición de J. B. Avalle-Arce y E. C. Riley, Londres: Tamesis, 1973, p. 123) considera que «poco añade» a los anteriormente mencionados.

19 La aportación de Gaos se reduce a un texto, que ha servido de prólogo a sus ediciones en dos ocasiones y que ha publicado en libro aparte, que es una completa recopilación de todas las opiniones en torno a la poesía cervantina. Destaca, sin embargo, su extraordinaria labor de editor, sobre todo en la última edición, cuyas notas son muy valiosas. Véase Vicente Gaos, «Cervantes poeta», recogido en *Claves de la literatura española.* I, Madrid: Guadarrama, 1971 y en *Cervantes novelista, poeta y dramaturgo,* Barcelona: Planeta, 1972.

20 Adriana Lewis de Galanes, edición de Miguel de Cervantes, *Poesía,* Zaragoza: Ebro, 1971. La autora asegura tener una edición completa de la poesía cervantina preparada e, incluso, hace constantes referencias a ella en este avance. No sabemos nada de esa edición. La de Ebro interesa por la clasificación personal que realiza de la poesía, encuadrando cada poema en su contexto histórico, ideológico, social, autobiográfico.

teatro, aspecto del que me ocupé, en la línea de mis trabajos sobre este mismo aspecto de Lope de Vega, en un artículo hace ya algunos años.[21]

Como vemos, algunos poetas se han aproximado a la poesía cervantina, nombres a los que debemos añadir los de Vicente Aleixandre,[22] Manuel Altolaguirre [23] y Rafael Alberti,[24] que se han referido a su poesía, aunque otros poetas de la talla de Pedro Salinas [25] y Jorge Guillén [26] o Dámaso Alonso [27] lo han hecho refiriéndose a aspectos del *Quijote* en interpretaciones llenas de lucidez, que hoy consideramos excepcionales.

De todos los problemas que esta crítica se ha planteado, el inicial es siempre el referente a la vocación poética cervantina, que podemos considerar, sin temor a equivocarnos, que fue patente y muy fuerte a lo largo de toda su vida. Ya Vicente Gaos [28] destaca que «la obra en verso de nuestro máximo prosista es parte considerable de su producción total y se escalona a lo largo de la vida del autor». Y, en efecto, desde 1568 hasta 1614 por lo menos, los poemas de Cervantes se extienden a través de su vida, aparecen en sus novelas, sobre todo en

---

21 «Teatro cervantino...» *y Teatro de Lope de Vega y lírica tradicional*, Murcia: Universidad, 1983.

22 Vicente Aleixandre, «Una corona en honor de Cervantes», en *Obras completas*, edición de Carlos Bousoño, Madrid: Aguilar, 1968, pp. 1523-1526. Citamos por esta edición.

23 Manuel Altolaguirre, «La poesía de Miguel de Cervantes», en *Obras completas*, edición de James Valender, Madrid: Istmo, 1986, pp. 309-312. Citamos por esta edición.

24 Rafael Alberti, «Discurso en la entrega del Premio Cervantes 1983», en *Rafael Alberti. Premio Miguel de Cervantes 1983*, Madrid: Anthropos / Ministerio de Cultura, 1989, pp. 55-70.

25 Pedro Salinas, *Ensayos completos*, edición de Soledad Salinas de Marichal, Madrid: Taurus, 1983, vol. III, p. 97.

26 Jorge Guillén, «Vida y muerte de Alonso Quijano», *Romanische Forschungen*, 64: 1-2 (1952), pp. 102-113.

27 Dámaso Alonso, *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*, Madrid: Gredos, 1968.

28 Vicente Gaos, edición de Miguel de Cervantes, *Poesías completas*, pp. 7 y ss.

La Galatea y en sus obras dramáticas. A pesar de lo que Cernuda apuntaba («Lope escribió versos torrencialmente y Cervantes unos pocos tan sólo»),[29] el autor del *Quijote* fue un poeta fecundo, como señala Gerardo Diego, glosando unas palabras del propio novelista complutense: «no fue poeta que al hacer de sus versos sude e hipe, sino de los de vena abundante y rica, aunque ciertamente con sombra y aun sombras de imperfecta».[30]

Su fecundidad, la abundancia de su producción, no resuelve, sin embargo, la cuestión de si fue un poeta nato o no, aspecto que ha preocupado también a la crítica de esta parcela cervantina. Para Ricardo Rojas,[31] y, antes, para Navarro Ledesma,[32] Cervantes contó con un talento nativo que no tuvieron otros contemporáneos suyos, opinión que más recientemente defiende Luis Cernuda.[33] Sin embargo, Vicente Gaos piensa que, a pesar de todo, «no fue un poeta nato», sino que utilizó la poesía siguiendo la moda de su tiempo como algo subsidiario, es decir que en ella no tuvo expresión completa su genio literario: «La poesía de Cervantes —concluye Gaos— es como es, y no es susceptible de corrección, ni mejoraría corregida. La «torpeza» y los «defectos» del verso cervantino son justamente sus virtudes distintivas, las cualidades inherentes al quehacer poético en que anduvo empeñado. Cervantes sólo podía mejorar su poesía abandonándola por la prosa, que era la única forma que podía dar medida cabal de su genio».[34]

---

29 Luis Cernuda, ob. cit., p. 975.

30 Gerardo Diego, «Cervantes y la poesía», p. 83.

31 Ricardo Rojas (ob. cit., p. VII): «La conciencia del verso debió nacerle como función espontánea del talento nativo, lo cual es otro rasgo de verdadero poeta».

32 «Nació Cervantes como Zorrilla, gran poeta en verso, pero el discurso de su vida y la superioridad de su genio le forjaron gran poeta en prosa» (citado por Gaos, edición de Miguel de Cervantes, *Poesías completas*, p. 9, n. 3).

33 Luis Cernuda, ob. cit., p. 975.

34 Vicente Gaos, edición de Miguel de Cervantes, *Poesías completas*, p. 23.

Las cuestiones quedan planteadas y la bibliografía de los especialistas se nos muestra muchas veces contradictoria. Sin duda, tal actitud surge porque no estamos ante un poeta menor desconocido, sino que nos hallamos ante la obra poética del más grande de nuestros escritores.

Por eso nos parece muy interesante, a la hora de valorar la poesía de Cervantes hoy, conocer y recapitular la opinión de los poetas del 27 sobre esta actividad del autor del *Quijote*. No es casual que los acercamientos de estos poetas sean más a la poesía que a otras actividades del autor. Incluso, aunque no se refieran directamente a la poesía, como son los casos de Pedro Salinas, Jorge Guillén o Dámaso Alonso, glosarán aspectos poéticos de actitudes cervantinas, sobre todo en el *Quijote*. La sensibilidad de Cervantes, la belleza de algunas situaciones, son los aspectos que más recuerdan estos poetas. Así, Salinas lo hará con la que él denomina «la mejor carta de amor de la literatura española» [35]; Jorge Guillén, sobre la intensidad del episodio de la muerte de Don Quijote, de Alonso Quijano [36]; y Dámaso Alonso, sobre el mundo de la fantasía y de los engaños.[37]

Se revela una fidelidad notable en esta colectiva aproximación a Cervantes, que si bien es el gran creador de la novela moderna el objeto de todas estas reflexiones, son los aspectos más poéticos del *Quijote* y, sobre todo, la poesía de Cervantes lo que más interesa a los poetas del 27. La reciente publicación por Ana Rodríguez Fischer de su *Miguel de Cervantes y los escritores del 27* [38] nos proporciona una compilación muy interesante de textos de Salinas («Don Quijote en presente», «Lo que debemos a don Quijote», «Don Quijote y la novela», «La mejor carta de amores de la literatura española» y «El polvo y los nombres»), de Guillén («Vida y muerte de Alonso Quijano»), de Gerardo Diego («Cervantes y la poesía»), de Alei-

---

35 Pedro Salinas, ob. cit., III, p. 97.

36 Jorge Guillén, ob. cit., pp. 103-113.

37 Dámaso Alonso, *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas.*

38 Barcelona: Anthropos, 1989.

xandre («Una corona en honor de Cervantes»), de Dámaso Alonso («Sancho Quijote, Sancho-Sancho», «El hidalgo Camilote y el hidalgo don Quijote», «Maraña de hilos»), de Cernuda («Cervantes» y «Cervantes, poeta»), y de Manuel Altolaguirre («Don Miguel de Cervantes», «La poesía de Miguel de Cervantes»). A estos trabajos, habría que añadir los discursos de recepción del Premio Miguel de Cervantes de Gerardo Diego [39] y de Rafael Alberti,[40] muy cervantinos, sobre todo el de Alberti, lleno de sensibilidad y de afecto hacia la figura del habitante de Roma y luego cautivo que fue Miguel de Cervantes.

La valoración que hace Ana Rodríguez de la confluencia de todos estos trabajos (junto a otros de Ayala, Bergamín, Chacel, Serrano Poncela y Zambrano) parece correcta y la lectura de su introducción y su antología de textos nos van a ahorrar nuevas reflexiones. En efecto, la recopiladora destaca, como hemos venido hacendo nosotros, el interés de los poetas por lo más poético de Cervantes, desde luego en consonancia con sus propias tendencias críticas. Por eso no nos puede extrañar que se entreguen —como anuncia Rodríguez Fischer— «a la búsqueda del Cervantes poeta, ignorando el silencio o desvío de la crítica, ignorando los puntos de vista 'viciados' por las opiniones de los contemporáneos de Cervantes o incluso por los juicios del propio autor».[41] Y por eso, tampoco nos puede llamar la atención que Salinas extraiga del episodio de los rebaños tomados por ejércitos conclusiones sobre su capacidad de transformar la realidad y sublimarla. «Así trabaja el poeta», concluye firmemente Salinas ante la voluntad cervantina de crear una nueva realidad en la que queda para siempre la «huella de un amor».[42]

De las cinco interpretaciones de la poesía cervantina que vamos a analizar ahora, pertenecientes a Manuel Altolaguirre,

---

[39] Gerardo Diego, «Discurso en la entrega del Premio Cervantes 1979», en *Gerardo Diego, Premio Miguel de Cervantes 1979*, Madrid: Anthropos / Ministerio de Cultura, 1989, pp. 65-72.

[40] Rafael Alberti, ob. cit., pp. 55-70.

[41] Ob. cit., p. 3.

[42] Pedro Salinas, ob. cit., III, p. 97.

de 1947; a Gerardo Diego, de 1948; a Vicente Aleixandre, de 1950; a Luis Cernuda, de 1962; y a Rafael Alberti, de 1983, la más entusiasta, sin reservas, es la de Manuel Altolaguirre, que nos dejó frases llenas de admiración a la labor poética de Cervantes, aunque partiendo también de la referencia al Cervantes poeta de las almas, poeta en prosa de su *Quijote:*

> Cervantes, a pesar del desvío de la crítica, que se inicia con la omisión de su nombre en la *Flor de poetas ilustres,* de Pedro de Espinosa, antología publicada en Valladolid antes de 1616, es el primero de los poetas españoles y no sólo por ser el autor de *Don Quijote,* inagotable venero de poesía, sino por haber escrito sus «poesías sueltas», que contradicen su afirmación de carecer de «la gracia que no quiso darle el cielo». En sus poesías descubrimos un alma adornada con todas las gracias celestes, y en esa alma los destellos de un amor y de un ingenio tan humanos, «en juego alegre, en dulce y claro estilo», que lo sitúan en un primer lugar entre nuestros líricos.[43]

Armonía, galanura, profundidad, transparencia, luz, creación, son las palabras con que Altolaguirre define, en su breve aproximación a la poesía cervantina, las cualidades del arte poética de su autor, que se combinan con la generosidad, la gratitud, la esperanza y el amor, que son la razón de ser de esas poesías sueltas que la crítica posterior ha despreciado.

Bien distintos fueron, desde luego, los criterios de Gerardo Diego, muy riguroso y exigente, que somete a la lírica cervantina a un estudio desde los más diversos puntos de vista, no siendo el menor el técnico o el referido a los aspectos formales, ya que lo que se propone el poeta desde el principio es precisar «las causas de esa desigual e intermitente vena poética y si ellas consisten en falta o merma de facultades poéticas —«la gracia que no quiso darme el cielo»— o en erróneos conceptos sistemáticos o apreciaciones de gusto sobre la esencia misma de la poesía y la orientación del levantado vuelo».[44] Na-

---

43 Manuel Altolaguirre, ob. cit., p. 310.

44 Gerardo Diego, *Crítica y poesía,* p. 74.

turalmente, Gerardo Diego acude a los testimonios de los más ardidos panegiristas de Cervantes poeta, y con ellos coincide en que la estatura de su poesía no se corresponde con la alcanzada por el resto de su obra, y que es inútil que se intente considerar a Cervantes como un poeta cualquiera, porque siempre tendremos en cuenta que él, Miguel de Cervantes, queramos olvidarlo o no, intentemos obviarlo o no, es el autor del *Quijote* y de las *Novelas Ejemplares.*

Su estudio de la poesía cervantina se hace a la luz de cuatro conceptos: luminosidad, simpatía, torpeza y libertad: «La primera impresión que nos causa la poesía de Cervantes —y las primeras impresiones suelen ser las más certeras y profundas— es una impresión mezcla de luminosidad, de simpatía y de torpeza. Y de libertad».[45] Sobre las dos primeras nada dice porque son las mismas que se sienten en la prosa de las novelas: pero sí le interesan las cuestiones de la libertad y de la torpeza:

> También se ha exaltado la libertad, el liberalismo de Cervantes, piedra fundamental de su psicología y de su ética. «Libre nací y en libertad me fundo», canta Gelasia en *La Galatea.* Y esa libertad irrenunciablemente se refleja necesariamente en el desembarazo del estilo, en la desnudez de los afeites retóricos y literarios —«rosas son y jazmines mis cadenas», acaba de cantar Gelasia—, en la variabilidad y aparente anarquía del humor, en la falta de prejuicio técnico.[46]

Insiste en que sobre la base de esos criterios de libertad fue como creó la novela moderna, y seguramente hubiera creado la poesía «si para ello le hubiera asistido la gracia que no quiso darle el cielo. Al menos él no se paró en barras y se comportó en verso con el mismo desparpajo y el mismo arrojarse por la calle de en medio de su inventora prosa».[47]

---

45 Ibíd., p. 80.
46 Ibíd., p. 80.
47 Ibíd., p. 80.

La impresión de torpeza que, según Diego, le da su poesía le preocupa mucho más:

> En cuanto a la impresión de torpeza, no puede ser, por desgracia, más evidente y continua. ¿Qué le pasa a Cervantes en cuanto empieza a versificar que así pierde los estribos y de desazona a cada corcovo de su impaciencia Pegaso de fina raza? Aquí caigo, allá me levanto, va el bueno de Miguel sonriente estrofa adelante, sabedor como el que más de su malandanza y, sin embargo, lleno de humilde orgullo y pertinacia.[48]

El examen a que somete Gerardo Diego a Cervantes no puede ser más directo y sujeto a criterios más objetivos, por los que muchos poetas no pasarían. Por eso, su conclusión a este apartado de la torpeza ha trascendido particularmente y permanecido como referencia obligada en los estudios sobre la poesía cervantina, porque posiblemente esta frase defina con la máxima objetividad cómo fue realmente esa poesía: «Yo más bien creo que Cervantes no fue poeta que al hacer sus versos sude o hipe, sino de los de vena abundante y rica, aunque ciertamente con sombra y aun sombras de imperfecta».[49] Conclusión que reiterará al final de este delicioso e interesante ensayo. Tras reconocerle su calidad de poeta, de creador de mundos poéticos en prosa, termina: «En verso se quedó en eso y acertó a apresar esas luces en unas pocas poesías afortunadas y en variados, intermitentes, fugaces pasajes de sus habitualmente fracasados poemas».[50]

La admiración de Vicente Aleixandre por la poesía de Cervantes no debió de ser escasa, cuando lo denomina el «grande poeta, el mayor poeta» [51] y descubre en sus versos la poesía que está en toda su obra, pero que en sus poemas se ofrece virginal, sin alambiques, sin tópicos ni influencias, como una doncella pura, como aquella que utilizara Don Quijote para definir a la poesía, como su propia Gitanilla, Preciosa.

---

48 Ibíd., p. 82.
49 Ibíd., p. 83.
50 Ibíd., p. 96.
51 Ob. cit., p. 1523.

La ocasión de hablar sobre nuestro primer novelista se le presentó al premio Nobel de Literatura en 1950, cuando hubo de prologar una colección de poemas que un grupo de escritores había reunido como homenaje a Cervantes. Era una buena oportunidad, porque era la glosa inicial a una «corona poética» tejida por poetas, y Aleixandre se refiere a diferentes aspectos del escritor, ya sea del Quijote o de las novelas ejemplares [52]:

> Mientras Cervantes recibe el homenaje de los poetas, mientras se canta a su española inglesa o al vizcaíno inmortal, o a tal mozo arriero, o mientras el poeta señalado ensalza la melancólica luz que en la hora del atardecer baña piadosamente el espiritual rostro vivido, estamos viéndole adelantar su desnuda mano y repasar estos papeles que la voz de los poetas viene a recordarle: «Mientras Preciosa el panderete toca / y hiere dulce son los aires vanos...».

Aleixandre se plantea entonces el enfrentamiento de Cervantes con la realidad, y cómo en su poesía la muestra desde un ángulo distinto, diferente, especial [53]:

> La realidad preciosa se le entró a diario a este hombre por los ojos, y le movió y le obligó mucho más que por los sentidos. Melancólicamente repasa unos versos, tan poco alabados, esa es la verdad, y tan suyos cuando aciertan a serlo: «...esto humildemente escribe / el que por ti muere y vive / pobre, aunque humilde amador».

En la poesía de Cervantes ve, sobre todo, Aleixandre la ilusión de un poeta que quiso serlo y que lo consiguió con el esfuerzo de quien, grande en otros géneros, logra transmitir en sus palabras el aura de una fantasía poética sin terminación final, sin entrega a los tópicos de la tradición, tan fuerte y tan poderosa a principios del siglo XVII. Por eso sus palabaras dejan poco lugar a la duda:

> No es precisamente esta fantasía, tópica y servida en los conceptos y tropos troquelados por la tradición renacentista, lo

52 Ibíd., p. 1524.

53 Ibíd., pp. 1523-1524.

> que roza a la misteriosa reina deseada, esa Poesía siempre reconocible, cuya figura está tan clara en la pupila de Cervantes. Es un misterio.[54]

Y, desde luego, en Aleixandre, todo lo que Cervantes expresa en verso llega a ser original, porque el poeta quiere hacer vivir en su poesía la realidad, la realidad de una doncella de carne y hueso, enteramente pura, como la que el preceptista Cervantes, por boca de Don Quijote, definió al hablar con don Diego de Miranda, y que recordábamos al principio. En la evocación aleixandrina surge esa misma doncella, extraída, no de los tópicos, sino de la realidad visionaria, de la realidad fantástica del propio poeta Cervantes:

> La mano la toca cuando la dibuja —escribe Aleixandre—. Atento a un frescor de la realidad Cervantes acierta en el verso a dar bulto a la poesía. Color y sonidos, carne palpitante, datos inmediatos, emoción directa: por ahí, sí, raramente, pero verdaderamente, la fresca realidad se entrega: la realidad de una poesía no acarreada en la fatigada herencia, sino descubierta, sonreída, tentada, como una vívida doncella no del todo rendida, pero sí perfectamente vista, gratísimamente limitada, limpiamente fragante y duradera. También en un soneto le dio nombre y parece un símbolo: Preciosa.[55]

Pero será al final de este magnífico prólogo cuando Vicente Aleixandre exprese el máximo entusiasmo por el poeta, cuando consiga fundir la poesía de Don Quijote y las ejemplares con la poesía de sus versos, como una sola realidad poética, como una sola visión de la lírica cervantina:

> Los versos cervantinos duermen con debilidad bajo el ya oscurecido aire. La enorme criatura poderosa que apenas los dejó caer, está lejos ahora, más allá, con toda su fuerza y toda su altísima poesía. La más alta creación, la más desplegada invención y poesía posible hasta ahora en la lengua, existe con su honda ciencia y con toda su inconsumible magia.

---

[54] Ibíd., p. 1525.
[55] Ibíd., p. 1525.

> Sí, los poetas pueden alabar siempre al grande poeta, al mayor poeta Miguel de Cervantes.[56]

Conviene ahora que nos detengamos en las palabras de Luis Cernuda. Cernuda fue el más admirador de Cervantes poeta entre los poetas de nuestro siglo. Seguramente para llevar la contraria a los demás, a todos aquellos, antiguos y modernos, que pusieron en duda las condiciones de poeta de Cervantes. Cernuda, desde luego, no tiene dudas, y no se esconde, como hacen tantos, en buscar el poeta Cervantes en su prosa narrativa, en su *Quijote*, donde hay tanta y tan refinada poesía del espíritu. Pero Cernuda deja muy pocas dudas: la poesía de Cervantes que a él le gusta es la de la prosa, pero también la del verso, desde los de *La Galatea* hasta los del *Quijote*.

Parece interesante recordar sus argumentos, que contrastan con los de algún otro poeta de su generación, como Gerardo Diego, que mide a Cervantes con la severidad de la técnica. En Cernuda todo es más intuitivo, más por gusto, más por puro entusiasmo. Entusiasmo que, desde luego, viene de antiguo.

De los dos trabajos que sobre Cervantes se conservan el más antiguo es de 1940, y está referido no exclusivamente a la poesía cervantina. Años después, en 1962, poco tiempo antes de su muerte, le dedicará un estudio en exclusiva a esta parcela. Pero en el de 1940 ya sienta las bases de lo que será su entusiasmo, ya que en él se dice con toda claridad, a la hora de defender la unidad profunda de la obra toda de Cervantes:

> Se origina dicha unidad, en la amplitud de visión poética del autor, cuyas diversas facetas quedan representadas en cada una de las partes que integran su obra, la cual es, en verso o en prosa, obra poética por excelencia, teniendo nosotros en Cervantes nuestro máximo poeta. Por lo demás, no creo exista escritor a quien le falte la visión poética de la realidad, porque dicha percepción poética, en mayor o menor grado, es lo que confiere alteza y permanencia a una obra literaria. Esto no suele reconocerse hoy, con la injusticia consiguiente para con

---

[56] Ibíd., p. 1526.

> Cervantes, injusticia que no parece manifiesta, ya que Cervantes es escritor de un país de cuya grandeza nadie quiere acordarse.[57]

Desde luego, el sentido de estas palabras hay que situarlo en el momento en que se escriben. Cernuda, en 1940, en Inglaterra, siente ya el pesar del exilio y España para él es nostalgia y, en cierto modo, rencor. Los poetas ven en Cervantes al gran desgraciado que también tuvo que estar lejos de España, como hará más adelante Rafael Alberti.

El artículo más decididamente defensor de la poesía de Cervantes es el de 1962, en el que se proclama, recogiendo argumentos ya expuestos en 1941:

> Cervantes era mayor poeta en verso, no me cabe duda, de lo que sus contemporáneos creyeron y dijeron. Si es manifiesto que en *Don Quijote,* las *Novelas,* el *Persiles* y *La Galatea,* es el mayor poeta de nuestra lengua, supone considerable falta de respeto, y de atención a quien él es, no examinar nuevamente esa cuestión con interés diferente y menos viciado que aquél con el que se le ha venido observando hasta ahora. Porque semeja que Cervantes era poeta más original y valioso de lo que se cree, tanto como poeta lírico que como poeta dramático...[58]

Cernuda revisa, para confirmar estas observaciones suyas, diversos aspectos de la obra poética cervantina, y escoge algunos textos memorables, como los versos de *El cerco de la Numancia,* en los que pone en boca de España uno de los mejores trozos líricos que compuso, aquel que empieza «Alto, sereno y espacioso cielo», tras el que Cernuda hace una emocionante actualización de las palabras cervantinas, que, como hemos de ver, no es la única entre los poetas de su generación:

> No sólo porque al autor de estos se le considera todavía con desvío tan injusto, sino por la visión profética que en ellos hay, me he permitido citarlos. Quienes atravesamos una guerra

---

57 Ob. cit., p. 970.

58 Ibíd., p. 974.

civil durante la cual uno de los bandos atacó a su tierra y a sus paisanos con la ayuda de nazis alemanes, fascistas italianos y (última desvergüenza) de soldados marroquíes, la voz de Cervantes nos suena ahí con acento inolvidable: «Y así con sus discordias convidaron / los bárbaros de pechos codiciosos». Sí, el gran poeta que Cervantes era tuvo vislumbres del destino futuro y desdichado de su tierra y de su gente.[59]

Las referencias cernudianas respecto a poemas muy significativos del autor del *Quijote* como la «Epístola a Mateo Vázquez», el poema de *Rinconete y Cortadillo* «Por un sevillano rufo a lo valón» o sus comentarios sobre la que Cervantes consideraba —no sabemos si irónicamente— el mejor de sus poemas, el soneto al «Túmulo», o sobre el que comienza «Cuando Preciosa el panderete toca», se cierran con conclusiones que hemos de considerar muy valiosas, cuando menos muy originales:

Examínense los versos de Cervantes a la luz de lo que aquí trato de indicar, y véase si es posible calificarlos según la opinión injusta y parcial, dominante hasta hoy, de que no son de un poeta. Aunque tan varia y rica sea la poesía española ¿puede prescindirse en ella de las diferencias que le aporta el verso de Cervantes? No repitamos aquí, una vez más, lo que aún en nuestro siglo repiten, en su edición de las obras, los señores Schevill y Bonilla, diciendo en su introducción a las *Poesías sueltas:* «La mayoría de ellas distan mucho de acreditar la inspiración de la musa cervantina y sólo merecen conservarse por el renombre del autor». La obstinación de los españoles para sostener y no enmendar sus prejuicios, tiene una consecuencia funesta: la de que los extraños, que, viendo con ojos distintos, y procediendo de ambiente distinto, pudieran estar limpios de nuestros prejuicios, incurren también en ellos; sin duda por no querer ser menos papistas que el Papa, y repiten así la misma injusticia española con energía redoblada. Reconozcamos, al menos, que a Cervantes no le faltan «soltura, fluidez, dominio del verso» (como los dos profesores insisten que les falta), y leamos ya sus versos con menos tela-

[59] Ibíd., p. 978.

rañas en los ojos, porque muchos dones líricos y saber de poeta hay en ellos, por desdeñado que su autor esté de propios y extraños.[60]

Como vemos, la interpretación de Cernuda no puede ser más apasionada y defensora de la poesía de Cervantes, aunque en ella influyan de manera decisiva los propios avatares vitales de este gran poeta y feliz intérprete de la poesía cervantina.

No vamos a cerrar estas observaciones sin recordar a otro poeta de nuestro siglo, Rafael Alberti, cuando en 1983, ante los Reyes de España, leyó su discurso del Premio Miguel de Cervantes, y, recién regresado de un exilio doloroso y prolongado, caminante de la «España peregrina», evocaba a la España del exilio en poetas, narradores y dramaturgos de su generación. Los versos cervantinos se enredan en esa aventura viva de una poesía que otros menospreciaron, y que Alberti recoge para hacerla suya, como ocurre con el verso de *Los baños de Argel* que cantaban cuarto míseros cautivos, según el propio Cervantes inmortalizó en este bellísimo romance:

A las orillas del mar,
que contra su lengua y sus aguas,
ya manso, ya airado, llega
del perro de Argel a las murallas,
con los ojos del deseo
están mirando a su patria
cuatro míseros cautivos
que del trabajo descansan,
y al son del ir y volver
de las olas a la playa,
con desmayados acentos
esto lloran y esto cantan:
Cuán cara eres de haber,
oh, dulce España.

Ese «tono triste con que alegrarnos solemos», tal como el mismo Cervantes define, a través de un personaje, estas cancio-

[60] Ibíd., pp. 982-983.

nes de cautivos y de exilio, son para Alberti la auténtica poesía del desterrado:

> Nada hay más perturbadoramente doloroso que el sentir cómo nuestras raíces, esas que tenemos hincadas hondamente en la tierra nativa, se nos parten [...] Cervantes suspira y llora por España, llenado de versos y creaciones futuras su imaginación, que expresará, después, amargamente enriquecido de aquella fatal vida de cautiverio que lo condujo a las más largas desesperaciones, casi a la muerte.[62]

Con este último ejemplo, que podría ser ampliado a otros muchos, cerramos nuestra revisión de la poesía cervantina vista por unos cuantos poetas de nuestro tiempo, que la hacen vivir y revivir en sus opiniones. Si Cervantes era buen poeta o no, todavía lo tendríamos que discutir mucho más. Pero lo cierto es que su poesía despierta y despertará admiración y emociones. Algo tendrá el agua cuando la bendicen.

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

---

61 Ob. cit., p. 59.